

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

TRIBULACIONES

Hace dos ó tres días tuve el gusto de ver á D. José Echegaray explicando matemáticas sublimes en su cátedra libre de Estudios superiores del Ateneo. Digo á propósito que le vi y no que le oí, porque oír es entender, y si no, la palabra es un vano ruido, y confieso que ruido y nada más eran para mí las fórmulas algebraicas erizadas de *alfas* y de *betas* que ensartaba, ante el encerado, con una precisión y una calma notoriamente científicas el autor de *El Gran Galeoto*. Aquello me sonaba á chino puro. Sin embargo, los atendientes le prestaban atención profunda, y no me cabe duda, debían de enterarse muy bien. Se les conocía en la cara. Eran en su mayoría muchachos como de diez y siete á veintidós, arrebuados en sus capas, descoloridos por la fatiga del *surmenage* intelectual que producen los terribles y abstrusos estudios de la ingeniería. Me parece á mí (todo esto se reduce á conjeturas), que dirían para sus adentros: «¡Ojalá el libro de la asignatura fuese tan luminoso y tan bien hilado y tan sencillo como esta explicación que nos da don José!»

Por mi parte, no reconocía á Echegaray en aquel señor catedrático tan penetrado de su misión docente. En Echegaray siempre había visto al encantador *causeur*, cuando no al autor dramático empapado de teatro hasta los huesos; siempre le había encontrado ó en el *camerino* de María Guerrero ó en el saloncito de Mario ó en la mesa de Castelar ó en las escaleras de la Academia, con su discurso bajo el brazo los días de recepción solemne; y me costaba trabajo convencerme de que fuese el mismo, y me acordaba de la sorpresa de Alejandro Dumas cuando veía á Chateaubriand dar de comer, en el corral, patriarcalmente, á las gallinas y á los pollos. No es que yo compare la enseñanza de Echegaray á la distracción del autor de *Atala*; es que no hay cosa más difícil de modificar que la idea formada ya acerca de un personaje literario, político ó eminente por cualquier otro concepto. Nadie puede ignorar que Echegaray es un ingeniero matemático; se lo han dicho, hasta en son de censura, para explicar por sus condiciones de matemático y geómetra cierta rigidez fatalista que en sus dramas creían notar; además, Echegaray ha escrito obras de vulgarización científica; y con todo, al verle así oficiando de matemático y nada más que de matemático, ante un auditorio especial, lejos del rumor de los aplausos — aunque tan cerca, topográficamente, del teatro Español, donde los cosecha, — me causó un singular efecto. Aparecíase otro Echegaray: uno de los varios hombres en que puede descomponerse todo hombre, y que después de bien aislados, si se encuentran, tal vez no se reconociesen, ni en la esfera de las ideas ni en la de la realidad.

Bien mirado, quizás sea el culto de la esfinge de los números lo que ha influido sobre el carácter de Echegaray y le ha diferenciado tanto de los demás literatos, que en general son fogosos, sensibles, vehementes y quisquillosos, que sienten la censura como se siente el efecto de un líquido corrosivo, y el elogio como un vaho dilatador de la garganta y alegrador de las pajarillas. Echegaray es apacible y frío, de una frialdad suave y graciosa, aménísima en la conversación, pero que á guisa de la coraza ó saquete de seda acolchada que usaban algunos guerreros del Renacimiento, rechaza y hace caer al suelo los dardos. No le considero modesto, porque no he conocido aún caso de modestia, y digo de la modestia lo que Voltaire de los fantasmas y aparecidos: todos hablan de ellos y nadie los ha visto jamás. Pero si Echegaray ni es modesto ni viene á cuento que lo sea, aparece al menos poco impresionable, poco nervioso, tranquilo y muy superior al oleaje de las opiniones contradictorias que acerca de su teatro se han sostenido y

se sostienen aún, pues Echegaray no es de los que consagra la aprobación general. Habla de sus fracasos y de sus triunfos con esa voz clara y sin vibración con que hablamos hoy, por ejemplo, de Hurtado de Mendoza ó de Cervantes. No se le mueve ni un músculo de la faz cuando, por ejemplo, nos dice pacíficamente: «Aquella noche (la de tal ó cual estreno), ¡qué enfadado, qué furioso estaba el público conmigo! Vamos, que temí que tirasen los bancos á la escena.» Y con la misma igualdad de tono y la misma placidez de fisonomía, declara poco después, refiriéndose, verbigracia, al estreno de *En el seno de la muerte* ó de *Mancha que limpia*: «¡Ah, sí, esa vez salimos muy bien: estaban de un humor excelente, y hasta las mismas cosas por las cuales yo temí que se alborotarían, las recibieron á palmadas!»

Puede ser este sosiego, en Echegaray, fruto de una disciplina de la voluntad que logra imponerse y subyugar á los nervios; mas yo, desde que le he visto tan ebrio ante aquel encerado cubierto de signos para mí cabalísticos y endiablidamente confusos, atribuyo á la ciencia matemática — que debe de infundir en el ánimo cierto desdén hacia las agitaciones, las vehemencias de lenguaje y de acción y los desentonos — esa ecuanimidad, único preservativo del autor dramático contra las emociones de una profesión hecha de molde para dilatar un aneurisma y para enviar á la clínica del doctor Simarro lucido contingente de enfermos ilustres. Si Echegaray fuese impresionable, no le arriendo la ganancia. Hace bien en mantenerse así, risueño, ligero de alma, al menos en lo exterior, y creo, que por dentro también, pues no cabe ficción tan continuada y tan parecida á la verdad.

Ya que he nombrado al doctor Simarro, por asociación de ideas se me ocurre hablar de una de las negruras de la vida contemporánea: las enfermedades nerviosas. Aunque va pasando de moda padecer de los nervios, y pocas señoras se quejan de ese mal indefinible, lo que desaparece y lo que todos ridiculizamos son los nervios *imaginarios*, ciertos frecuentes destemples de humor y de salud que á los nervios se achacaban; pero no así los verdaderos padecimientos nerviosos, que van haciendo más estragos cada día, por mil causas complejas, dependientes de nuestra organización social.

Los nervios no se calman y fortifican más que con la vida tranquila, con mucho aire libre, mucho baño frío, mucha regularidad en las horas, comida sana y nutritiva, y las menos emociones posibles, sean gratas ó ingratas, que para el caso da lo mismo, y tal vez las gratas son peores. Las pasiones violentas, los cuidados devoradores, la vanidad, la lucha por los puestos elevados y por los empleos lucrativos — ó modestos, pues esto es relativo, como todo lo demás, y un empleo de sueldo escaso se disputa hoy á dentelladas; — la incansante actividad del cerebro, generalmente desordenada; la precipitada lectura de periódicos, y en los periódicos, del telegrama conciso y seco; las muchas ideas puestas en circulación y que probablemente son superiores al alcance de la mayoría; el arte prodigado, la industria barata, los viajes fáciles y rapidísimos, en el zarandeo del tren ó en la impetuosa palada del vapor; la manía de la igualdad social, que impone al pueblo las necesidades de la clase media, á la clase media las de la aristocracia y á la aristocracia las de los monarcas y príncipes de sangre real; la noción de la dignidad individual, que difunde el orgullo y el amor propio y los exalta produciendo necias cavilidades é insensatas concupiscencias; tantas y tantas causas de que se atiranten los nervios como hoy existen, explican el gran número de locos y de melancólicos que encontramos á cada paso, y los suicidios cuyo relato pone pavor en el alma, descubriendo un abismo de amargura bajo la capa de flores de la civilización.

Hace pocos días — todos lo hemos leído con hondo escalofrío de espanto — era un artista, joven, cubierto de gloria, que tenía hogar, amigos, admiradores, el que voluntariamente daba el salto á la eternidad, y no en un arranque momentáneo de delirio, de obcecación, sino después de largas meditaciones, después de rumiar tranquilamente su infausto propósito, y deliberar si le convenía, más que el frío cañón de la pistola, el paso arrollador del tren destruyendo sus huesos y convirtiendo su cuerpo en un puñado de sangriento lodo. A estilo del que sale, por las tardes, á recrearse en el campo para descansar de la asidua labor y á esparcir la imaginación buscando nuevas inspiraciones, ideas fértiles, simbolismos profundos y hermosos, salía Susillo, recorriendo las márgenes del río y estirando las piernas..., pero lo que buscaba era un lugar donde morir, y la idea que perseguía, la de realizar pronto y con el dolor menor posible su plan. Siempre noté en las composiciones de Susillo la influencia del sistema nervioso. No eran plácidas, serenas ni robustas aquellas esculturas tan lindas: revela-

ban cierta fiebre, mucho sentimiento y suma inquietud. Las figuras de Susillo, aunque respiren alegría, como las del precioso relieve que representa, si no me engaño, una Bacanal, son demasiado finas para el arte escultórico: palpitan, se retuercen, tienen espasmos, por decirlo así. El que las modeló debía de ser un espíritu intranquilo, un hombre á quien no dejaba descansar el mañana; un afanoso de gloria y de prosperidad, mal preparado á las decepciones y á las limitaciones inevitables en la carrera artística — y en todas.

La tristeza del drama de Susillo no es mayor que otras tristezas más calladas y sordas, que se esconden detrás de las paredes del manicomio ó de la clínica. Caen como la losa del sepulcro el más profundo olvido sobre el desgraciado á quien borra de la lista social una enfermedad ocasionada por las vigiliadas, por los cálculos y los empeños de acrecer la hacienda ó de salvarla cuando la comprometieron desdichadas especulaciones. El cerebro no ha podido resistir la obsesión y ha sucumbido; y la locura, peor que la muerte, deshace un hogar y separa, Dios sabe hasta cuándo, á dos seres felices, que se querían, dejando huérfanos á unos niños encantadores, y reclusando á un hombre en la soledad y en la sombría paz de la llamada *casa de salud*, como se llama *pelón* al que no tiene pelo...

Los economistas os dirán que todas estas catástrofes son debidas precisamente al desarrollo de la riqueza pública, que jamás ha sido tan sorprendente como hoy. Ese desarrollo ha abierto las válvulas de la codicia; y olvidando que para vivir dichosos, si supiésemos moderar los deseos, nos bastaría lo que bastaba á Epicuro, pan y frutas, agua clara, el aire balsámico del campo y la tutela de Minerva, maestra y doctora de la templanza, todos aspiramos á más, con aspiración desordenada que turba el alma y consume el corazón. Un médico eminente, Bergeret, nos lo dice en su *Tratado de las pasiones*: «He asistido á muchos locos y he visto muchos incendios causados por el ansia de riquezas. En las calles de una ciudad donde residí vagaba hace poco un hombre que tenía la manía de que todo el mundo le debía dinero. Muy serio, en mitad de la calle, se dirigía al primero que pasaba, y decía con severidad: — ¿Cuándo va V. á pagarme lo que me debe? Voy cansándome ya de esperar. — Los que estaban en el secreto le respondían sonriendo: — Mañana. — Pero si alguno, mal informado, le contestaba naturalmente: — Nada debo á usted!, — el loco se ponía furioso, y era peligrosa su exaltación.» En las calles de Madrid hemos visto más que esto: un loco, creyéndose archimillonario y repartiéndose á manos llenas plata y billetes.

También causa las alteraciones nerviosas el empobrecimiento de la sangre, á quien los antiguos médicos calificaban de *moderadora de los nervios*. Se padece mucho de anemia, y los daños de la anemia refluyen en el sistema nervioso necesariamente. Y así como el Renacimiento buscó el elixir vital, que en el siglo XVIII se jactaba de haber descubierto el célebre charlatán Cagliostro, hoy se busca el *reconstituyente*, la preparación que, á estilo del bendito bálsamo de Fierabrás, devuelve en un santiamén las fuerzas y el vigor pristino á los cansados y exhaustos por la lucha. El reconstituyente es menos malo, sin embargo, que el excitante, en forma de alcohol, ó que los estupefacientes, como el tabaco y la morfina; porque todo lo que excita ó calma artificialmente, gasta y deprime á proporción nuestro organismo.

La verdad es que en España, aunque existen todas las aberraciones y todas las manías de la civilización refinada, no pasan de la categoría de excepciones bastante raras aún. No abundan las señoras morfínicas — aunque todos conocemos alguna — y deben de ser bien contadas las fumadoras de opio y las bebedoras de éter y alcohol.

En Inglaterra hay damas aficionadas no sólo al alcohol, la morfina y el opio, sino al cloral, el cloroformo, el éter, la clorhidresia y otros venenos que momentáneamente prestan ánimos y hacen olvidar las preocupaciones de cada quisque... ¡Qué caro pagan ese pequeño alivio, esa breve residencia en las regiones del *paraíso artificial*! De los morfínicos, unos se quedan imbéciles; otros caen en profundo colapso; otros contraen mortales enfermedades crónicas, como la albuminuria; y todos, al salir del pasajero estado de excitación y de bienestar, rápido como un relámpago, sufren agonías del insomnio que la morfina causa, del asma y sofocación especial que la morfina engendra, y de las torturas morales que acompañan al despertar cruelísimo de esta especie de dormientes. El catálogo de sus males es tan horrible, que una mujer del pueblo, acostumbrada á la morfina, declaraba pasar tal vida, que ansiaba morir «aunque se fuese al infierno.» Así es la humanidad.

EMILIA PARDO BAZÁN